

Cultivadores de Pimiento y de Tabaco en Jaraíz de la Vera: adaptación cultural y transformación social en un pueblo del Oeste español

Pepper and tobacco growers in Jaraíz de la Vera: cultural adaptation and social transformation in a town of the Spanish west

Ángel Cepeda Hernández
Universidad de Extremadura (España)
angelcepedah@gmail.com

Resumen

El agua y la tierra conforman el sustrato esencial, la infraestructura ecológica que ha hecho posible el desarrollo de una sociedad relativamente próspera en torno a la agricultura de regadío y de huerta en Jaraíz, municipio de la comarca de La Vera en el norte de la provincia de Cáceres (España). La disposición de nuevas tierras de regadío a partir de la regulación del río Tiétar con el pantano de Rosarito y la infraestructura de canales, hace viable el incremento de los cultivos de tabaco y de pimiento en las llamadas “vegas”, modificando radicalmente el modo de vida de Jaraíz y sus ciudadanos. Ello ha generado toda una cultura basada en estos dos productos, que conviven en un mismo espacio ecológico pero en los que podemos encontrar importantes diferencias ideológicas, culturales y simbólicas.

Abstract

Water and earth make up the essential substrate, the ecological infrastructure that has made possible the development of a relatively prosperous society around an irrigated agriculture and orchard in Jaraíz (Spain), municipality of the region of La Vera in the north of the province of Caceres. The provision of new irrigated land because of the regulation of river Tiétar by the Rosarito reservoir and its channels infrastructure, makes viable the crop increasing of tobacco and paprika in the area called “vegas”, radically changing Jaraíz way of life and its citizens. This has generated a culture based on these two products, which coexist in the same ecological space but where we can find some important ideological, cultural and symbolic differences.

Palabras clave

Ecología cultural, agricultura, regadíos, tabaco, pimiento, identidad, patrimonio material e inmaterial.

Key Words

Cultural ecology, agriculture, irrigation, tobacco, pepper, identity, tangible and intangible heritage.

Introducción

Durante algo más de tres años (entre 1999 y 2003), he realizado trabajo de campo en Jaraíz de la Vera, especialmente en las tierras de regadío de las vegas del Tiétar, en donde los agricultores cultivan el tabaco y el pimiento, dos productos agrícolas que sirven de base y sustento principal a la economía verata. Dicha investigación, dirigida por el Dr. D. Javier Marcos Arévalo, profesor Titular de Antropología, es el eje de un trabajo refrendado académicamente por el autor en la Universidad de Extremadura, que me ha servido para la obtención del Diploma de Estudios Avanzados (DEA), en el marco institucional del Departamento de Psicología y Antropología (dentro del Programa de Doctorado “Cultura y Psicosociología de la Comunicación”), y bajo el título “*Paisaje y sistemas de producción de pimiento y tabaco en Jaraíz: la transformación cultural de un medio natural*”.

Me propongo en el artículo presentar algunas reflexiones en torno a la investigación, haciendo especial hincapié en algunos aspectos metodológicos y en los hallazgos y conclusiones más relevantes que en el marco de dicho trabajo etnográfico han aflorado.

Contexto espacio-temporal y social

Jaraíz es un municipio cacereño en la comarca de la Vera que se caracteriza en lo geográfico por su situación en un falso pie-de-monte de las estribaciones del Sistema Central, que aquí pasa a denominarse genéricamente Sierra de Gredos. Este sistema orientado al Sur recibe las aportaciones hídricas que llegan desde el Atlántico a través de la depresión de la cuenca del Tajo y que encuentran la barrera del sistema montañoso, haciendo que las precipitaciones en forma de lluvia –y nieve en altitud-, sean abundantes, conformando una red de cursos de agua (aquí denominados “gargantas” –más de 40-), que confluyen en el río Tiétar y conforman un conjunto de tierras con abundante aporte hídrico y una óptima insolación que las hace muy fértiles, generando una agricultura de media montaña y de vega que ha supuesto la riqueza de estos pueblos desde hace muchos siglos. En cuanto a la ganadería, en un tiempo fue enormemente importante, pero hoy es una actividad venida a menos, aunque en la zona se adaptan fácilmente ovinos, bovinos, equinos y porcinos, así como las aves de corral, que constituían en un caso la despensa alimenticia habitual del verato y en otros la fuerza de tracción y transporte, hoy en franco retroceso.

Jaraíz de la Vera (40° 03' y 37" de latitud Norte y 5° 41' y 18" Oeste, a 561 m sobre el nivel del mar), se encuentra en el primer tercio occidental de la franja que constituye la comarca. Es una de las localidades con mayor densidad de población (en torno a 115 h/km²), con un término municipal de apenas 63 km² (uno de los más pequeños en términos relativos), y una cifra de población cercana a los 8.000 habitantes, algo más de la cuarta parte de toda la población de la Vera, que suma en sus 19 municipios un total cercano a los 29.000 habitantes a fecha del último censo del INE.

Es, de facto, la capital de una de las comarcas naturales mejor definidas de la geografía extremeña, y administrativamente funciona desde hace más tiempo con una Mancomunidad Intermunicipal de estructura político-económica, así como de coordinación. Cuenta con una gran dotación de servicios tanto de la esfera privada como de la pública, que son utilizados también por una buena parte de los municipios veratos.

Numerosos vestigios históricos dan cuenta del poblamiento de esta zona desde tiempos prehistóricos (García Mogollón, 1988), y desde el otorgamiento del privilegio de villa en 1795, independizándose del sexmo de Plasencia (Sánchez López, 1991), diversos autores dan cuenta de su importancia y de su crecimiento.

La llegada del cultivo del tabaco en el siglo XX, y previamente del pimiento para pimentón al menos un siglo atrás, desplazando a otros cultivos y modos de subsistencia anteriores, van a configurar un modelo de crecimiento basado en la agricultura de regadío, que ha generado todo un subsistema cultural local que hoy perdura, y sobre cuyo estudio nos centramos.

Nuestra *unidad de observación* será una de las dos mitades que constituyen la población jaraiceña: la constituida por los agricultores y aquellos otros sectores cercanos que directamente se relacionan con la agricultura y a la que prestan servicios. De manera más notoria la etnografía se centra en el subsistema de agricultores de regadío en las vegas del Tiétar, que es donde se concentra mayoritariamente el cultivo del tabaco.

Hoy Jaraíz es un municipio en torno a 8000 habitantes, el noveno de la provincia de Cáceres, que se sostiene merced a una economía mixta en donde el sector primario, los cultivos agrícolas, sigue teniendo gran importancia. De 5.914 Has. de la superficie total del término, 2.175 son tierras labradas, 2.430 están consideradas como de pastos permanentes, 767 son de especies arbóreas forestales y, finalmente, las otras tierras no forestales abarcan 543 Has. Con una tasa de paro sólo un poco por debajo de la media provincial, sin embargo su producto interior bruto por habitante está claramente por debajo, sin duda debido a la gran tasa de población inmigrante (fundamentalmente magrebíes en las faenas agrícolas no cualificadas), que soporta. Las bases que sustentan el desarrollo económico de Jaraíz están basculando paulatinamente de manera más decidida hacia el sector terciario, en el que cada vez cobra más fuerza el subsector turístico y cultural. Junto a esto se va desarrollando, en torno a dos polígonos industriales, una actividad industrial que da ocupación a un sector importante de la población.

Metodología y marco empírico-teórico

El debate acerca de la especificidad de la Antropología en el marco de las ciencias sociales es una discusión permanentemente abierta. Es cierto que ciencias como la Sociología o la Historia centran su foco de interés en el hombre y en los hechos sociales, preocupaciones de la Antropología. Un historiador equipado con un suficiente bagaje teórico y unos cuantos archivos puede fácilmente producir investigaciones y contar hechos del pasado. Un sociólogo podría hablar de un

movimiento social, de una tendencia, de una realidad estadística, prácticamente sin haber visto a ningún individuo, mediante encuestas telefónicas o con las técnicas actuales de la información y la comunicación. Pero para la antropología el método etnográfico lo va a constituir el trabajo de campo, la inmersión directa, en convivencia con el grupo humano estudiado. Es la investigación que se hace cara a cara con los sujetos, de modo participante, compartiendo experiencias y tratando de comprender la visión de los actores. Es, por tanto, ésta última disciplina la que pone en pie un método específico, el que ya empezamos a atisbar en la metodología que puso en práctica Bronislaw Malinowski (2001) en su obra *Los argonautas del Pacífico Occidental*, publicada en 1922.



Característico paisaje de cotos al abrigo de la Sierra de Gredos

Siguiendo a Edgerton y Lagness (1977, 3), citado por Velasco y Díaz de Rada (1997: 23), el trabajo de campo implanta una originalidad metodológica reconocible en algunos de estos principios:

- “1) que los mejores instrumentos para conocer y comprender una cultura, como realización humana, son la mente y la emoción de otro ser humano.*
- 2) que una cultura debe ser vista a través de quien la vive, además de a través del observador científico, y*
- 3) que una cultura debe ser tomada como un todo (holismo), de forma que las conductas culturales no pueden ser aisladas del contexto en el que ocurren.”*

El fundamento teórico de este estudio está centrado, en gran medida, y acorde con el modelo de análisis propuesto, en dos ejes: por un lado, en el ámbito de

la antropología ecológica o ecología cultural, y en segundo lugar, en la tradición de los trabajos de etnología regional que se vienen haciendo en los últimos años en Extremadura, con una aproximación importante a la preocupación por la salvaguarda de nuestro patrimonio material e inmaterial.

Julian Steward, acuñó el término *ecología cultural* en 1940, y partiendo desde el neoevolucionismo, trata esta disciplina como los procesos, productos y construcciones sociales en la interacción de la actividad humana con el entorno en que el hombre habita. Con él coincido cuando afirma en su *Theory of Cultural Change* (1955:30), que “...la ecología cultural tiene por objeto el estudio de los procesos a través de los cuales una sociedad se adapta socioculturalmente a su ambiente.”.

No adopto ni mucho menos este modelo como una teoría total, que lo explica todo – en cierto modo, he de confesar que no estoy nada seguro de que una teoría pueda explicar siempre todos los fenómenos complejos que se derivan de la relación del hombre con el mundo y la manera de construir su presencia sobre la tierra-, pero sí que sirve de apoyatura teórica suficiente para la mayoría de las interacciones, las decisiones, los cambios y las razones de actuar de los jaraiceños en el cambiante período que analizamos. Estudio una serie de hitos que cambian el paradigma ecológico-mental y las consiguientes decisiones adaptativas que pone en marcha la sociedad jaraiceña para su supervivencia, si bien en una primera parte me centro en las adaptaciones tecno-ecológicas más que en las mentales, que quedan para cuando profundice en el estudio en fases posteriores, dando voz y parte a subunidades de análisis y observación que ahora quedan pendientes de su incorporación para componer el puzzle social.

Me propongo, por consiguiente, abordar el conocimiento del medio y de los hombres en un recorrido diacrónico hasta llegar a la realidad fáctica actual, y cuál ha sido la naturaleza de los cambios producidos y de las consecuentes adaptaciones. Se analizarán así las relaciones entre la tecnología productiva adoptada en cada momento y el entorno, y cómo estos modelos de comportamiento, con una tecnología específica, explotan el entorno afectando al resto de características o aspectos de la cultura.

Tomo como referencia dentro de este ámbito de la ecología cultural los trabajos de Ubaldo Martínez Veiga que me sirven de guía más directa; en concreto, sus libros *La ecología cultural de una población de agricultores* (1985), y *Antropología Económica* (1990); especialmente, de esta segunda obra, me ha sido de gran utilidad el capítulo III (p. 117-162), que trata sobre la relación entre la antropología económica y la antropología ecológica.

En el segundo de los ámbitos –el de la etnología regional- sigo como referencia-guía los trabajos de Javier Marcos Arévalo, y especialmente su compendio etnológico *Etnología de Extremadura (Investigación y docencia)* (J.Marcos, 2000). Pretendo, por tanto, hacer con esta investigación una contribución a cuantos se han interesado por etnografiar los pueblos extremeños en la búsqueda de las identidades o de la identidad pluri-facética de las culturas que componen esta

región. Para ello, son de interés los estudios sobre construcción de la identidad (1998) y sobre antropología social en Extremadura (1995) de Marcos Arévalo.

A partir de tales fuentes y de las premisas teóricas propuestas he abordado mi investigación con una clara intención de descripción, de recogida y de catalogación de dos realidades en permanente dialéctica: el medio natural (el paisaje) y el hombre, que al tiempo que construye una realidad cultural nueva, transforma a la vez el territorio. Este diálogo diacrónico supone que el grupo humano produce una realidad cultural que le viene dada en parte por el paisaje, por el medio en que se desarrolla, en clara mimesis con el sustrato material; pero al mismo tiempo, la acción transformadora del hombre modifica, a su vez, el sustrato material, lo cual supone un *continuum* adaptativo que es transformador en ambas direcciones. Y, en segundo lugar, está la pretensión de ser notario de ese cambio y ese devenir, tomando cuenta de sus productos culturales reflejados en el modo de vivir, en el habla, en las técnicas y herramientas de cultivo, en un afán de salvaguarda del patrimonio material e inmaterial que este biotopo social produce.

Metodológicamente, he seguido en buena medida a Honorio Velasco y Ángel Díaz de Rada en *La lógica de la Investigación Etnográfica* (1997), quienes nos sitúan en un marco metodológico que comparto; ello implica reconocer, de nuevo, que mi método de investigación no es otro que el que está implícito en el modo de abordar el trabajo propio de la antropología y específico de la etnografía: “...Al referirnos a la etnografía expondremos, como antropólogos,, un modo de concebir la investigación, así como una serie de operaciones que suponen un tratamiento especial de la información desde su captación hasta la producción de un texto escrito. Ese modo de concebir la investigación y de ponerla en práctica ha sido la fuente básica de la antropología como ciencia”.

Describir, traducir, explicar e interpretar son los verbos que se conjugan en nuestra tarea, siguiendo las técnicas que le son propias al método etnográfico y que implícitamente han de reconocerse en el estudio abordado.

Tras un período de lectura de antecedentes y de documentación en archivos (Histórico, Provincial, Municipal, Registro Civil, INE, etc.), el trabajo de campo se ha centrado esencialmente en la observación (directa y participante) y la entrevista a informantes como pilares fundamentales, que me ha llevado a convivir en períodos discontinuos entre el año 2008 y el 2013, con los protagonistas (los agricultores) en sus ámbitos o escenarios: las tierras de labor en las vegas del río Tiétar y en los llamados “cotos” o fincas periurbanas del caserío jaraiceño, así como con las personas presentes en la parte industrial del proceso de producción de pimentón.

En todos estos años destaca la presencia en el terreno durante los meses de julio, agosto y septiembre, la de mayor importancia en el ciclo agrario estudiado. A estos meses más intensivos hay que sumar incursiones puntuales en momentos clave de las faenas agrícolas, así como todos los momentos festivos en que los jaraiceños dejan en cierto modo de ser individuos o personas particulares y se manifiestan como *communitas*: Semana Santa, Fiestas de agosto, fiestas de San Andrés, de San

Cristóbal, San Isidro, etc. Asimismo he pisado el terreno cada vez que, por facilidad de acceder a informantes en particular ha sido preciso desplazarse.

Cultivadores del pimiento y del tabaco

Aunque se da por supuesto que el cultivo del pimiento no tarda excesivamente en llegar a La Vera tras el descubrimiento de América y la llegada de plantas de éste al Monasterio de Yuste a través del también monasterio jerónimo de Guadalupe, que fue visitado por Cristóbal Colón, en realidad no hay constancia documental de dichos cultivos hasta mucho más tarde. Hay que esperar a los Interrogatorios de la Real Audiencia de Extremadura (Barrientos y Rodríguez, 1996:351 –tomo Partido de Plasencia-), para corroborar que en 1791 ya se recogen en Jaraíz “...*pimiento, tres mil arrobas*...”. Pronto irá creciendo la superficie, empujado por la creciente desaparición del cultivo de las castañas, venidas a menos por una epidemia que esquilmo casi todos los castañares de la zona.

El cultivo del pimiento para pimentón ya no parará, y se extenderá por todas las huertas o fincas del entorno de la población, los llamados “cotos”, adquiriendo una gran fama por su calidad, que le viene dada por una innovación en su secado: en lugar de hacerse al sol, la climatología de la zona obliga a que este secado se haya de forzar mediante los llamados “secaderos”, construcciones que van a ser una característica visual ya permanente en el campo jaraiceño. Este secado –ahumado– mediante fuego de leña le confiere al producto una calidad que lo distingue de las demás zonas productoras.

El ciclo agrícola del pimiento (*capsicumannuum*), abarca aproximadamente desde el mes de febrero hasta el mes de noviembre, con sus fases de semillero, trasplante, riegos y labores, recogida y secado; además, la fase industrial de molienda, primero en los llamados molinos harineros, movidos por la fuerza motriz de los cursos de agua de las gargantas, y –más tarde, con la llegada de la electricidad, en los molinos de las llamadas “fábricas de pimentón”.

El cultivo de pimiento para pimentón se convierte en la principal actividad agrícola de esta zona, pero no en exclusividad, pues comparte territorio y cultura con otros productos agrícolas –como el algodón, el olivar y los frutales– así como con una cierta actividad ganadera –ovejas, cabras y, en menor medida, cerdos–.

Más tardíamente, pero con gran pujanza, llega el cultivo de tabaco (*nicotianatabaccum*). Aunque muchos informantes tienden a decir que esta planta se cultiva en estas tierras “...*de toda la vida*”, lo cierto es que hasta bien entrado el siglo XX su presencia no es sino testimonial, viviendo incluso períodos de clandestinidad antes de su implantación legal como cultivo autorizado dependiente del estanco estatal, lo cual no sucede hasta 1923, en que se autoriza la producción de esta planta a 62 cultivadores de la comarca de la Vera, la mayor parte de ellos en Jaraíz. Primeramente se cultivó el que denominaban *jarandillano*, y después vino el *burley* (negro) y el *Virginia* (rubio): todas las variedades parecen aclimatarse perfectamente, y de ahí que el cultivo prosperó y se fue extendiendo, perdurando hasta hoy este cultivo que, siempre bajo los auspicios y el monopolio del Estado, ha

supuesto la definición de un modelo de agricultura que, aunque convive con otros productos que entonces ya existían y algunos que vendrían después, marca una diferencia con el resto del agro carente de este tipo de cultivo.

Su ciclo agrícola coincide casi milimétricamente con el referido del pimiento, en sus momentos de semillero, plantación, crecimiento, abonos y riegos, así como casi en su recolección, por lo que estas son dos actividades paralelas que va a desarrollar un mismo agricultor en la misma parcela, muchas veces surco con surco. Este ciclo se alarga y se diferencia en la fase de secado y en la posterior fase industrial. El secado, como ya se avanzó más arriba, se hace en los llamados “secaderos” de pimiento, y después el producto o “rama” será llevado a los molinos de pimentón. Pero aquí no acaba el proceso, pues después llega la comercialización, que en muchos casos recae en los propios agricultores, agrupados en cooperativa; en otros, se vende a los molineros-exportadores, que envasarán y pondrán el producto final en el mercado. Incluso hay que referirse a los primeros tiempos, hasta la llegada de los molinos eléctricos, en que el productor pagaba la molienda y él mismo vendía el producto -muchas veces a las puertas de sus casas-, a los arrieros forasteros que venían de otras partes de la península a comprar a granel para sus embutidos.

Tenemos que hablar, por tanto, en lo referente al pimiento para pimentón, no sólo de un ciclo agrícola como en el caso del tabaco, sino también de un ciclo industrial completo, que supone la creación de productos terminados, vendidos bajo marca.



Secadero tradicional de tabaco, hoy en semirruina

El momento de inflexión más importante para ambas producciones agrícolas viene dado por la puesta en funcionamiento de la gran infraestructura del Pantano de Rosarito (en la cabecera del río Tiétar, en Candeleda –Ávila-), y su sistema de canales, pues ello supuso la rotura de nuevas tierras antes dedicadas a pastos o a semidehesa, para convertirse en tierras de regadío. Es en esos momentos (1956),

cuando el ecosistema agrario jaraiceño queda perfectamente definido en cuanto a su morfología y a su estructura productiva: las nuevas tierras requieren de más mano de obra y de presencia permanente en las vegas, lo cual produce un desplazamiento del eje económico agrario desde los “cotos” o pequeñas fincas alrededor del pueblo hacia estas fincas grandes de regadío junto al canal del Rosarito, la garganta Pedro Chate y el río Tiétar. La silueta de los secaderos de pimiento y de los secaderos de tabaco se va enseñoreando del paisaje, de manera más marcada cuando desaparece de esas tierras el cultivo del algodón, que sucumbe bajo la presión de las fibras artificiales y produce el cierre de la factoría algodonera de jaraíz a finales de los años 60 (s. XX). La segunda y esencial consecuencia es el requerimiento de la presencia permanente de las familias agricultoras sobre el terreno durante todo el tiempo activo del ciclo agrario (de marzo a octubre, aproximadamente), lo que se soluciona habilitando o construyendo viviendas en las propias explotaciones agrarias. Esto produce el fenómeno -del que más abajo escribiré- de la *bilocación residencial*, pues no se produce un asentamiento permanente, sino que los jaraiceños agricultores siguen conservando como principal su casa “en el pueblo”, a la que vuelven en invierno.

Cambios y adaptaciones

Hay una clara constante en el modelo de sociedad agraria estudiado, que se traduce en un continuum adaptativo que es bidireccional, que se retroalimenta: el jaraiceño se adapta al medio eco-social, pero al mismo tiempo ese marco es adaptado por el jaraiceño. Nos vamos a referir a algunos someramente.

Los hitos más importantes, refiriéndonos al período más actual, desde el siglo XX hasta hoy, estarían marcados en cuanto a lo que se refiere al pimiento en tres momentos: por un lado, la llegada de la electricidad a Jaraíz (primeros años del siglo XX), que supone la desaparición de la molienda de los pimiento y de la obtención de pimentón mediante los molinos harineros junto a las gargantas. Aparecen las “fábricas” o baterías de molinos eléctricos, con mayor capacidad de molienda y mayor uniformidad en el producto. Consiguientemente, aparecen las marcas comerciales y cambia radicalmente el modo de comercialización del producto, apareciendo los exportadores de pimentón, que suponen una profesionalización del sector y generación de mayor riqueza. Las fábricas o molinos se constituyen en el casco urbano, dotando de presencia y olor del producto en la realidad cotidiana de las calles del pueblo. El segundo gran hito se produce en 1937, con la constitución del Sindicato de Productores de Pimentón (SPP), que viene a agrupar a productores dispersos que ya no comercializan directamente el producto de manera individual, y que así ponen el contrapunto a las otras marcas constituidas por exportadores que, sin ser directamente productores, se dedican a la molienda y la comercialización. El tercer hito se produce un siglo más tarde del primero, a principios del siglo XXI, con la consecución de la Denominación de Origen del Pimentón de la Vera, una culminación de esfuerzos por el reconocimiento de la

calidad superior del pimentón verato frente a otros, que supone un salto cualitativo y de prestigio importante.

Por lo que se refiere específicamente al tabaco, habría que señalar tres momentos importantes: el primero es el inicio de la actividad del Centro de Fermentación de Tabacos de Jaraíz (en 1964), que señala a la localidad como un centro transformador importante y genera prestigio a la agricultura y los agricultores jaraiceños. Un segundo momento importante es la “carambola de tres bandas” que significa la entrada de España en la Unión Europea, con la desaparición del régimen de explotación agraria por *medieros*, la desaparición del monopolio estatal (aparición de CETARSA) y el sometimiento del cultivo al régimen de la PAC. En este contexto, es especialmente significativa y profunda la adaptación que supone pasar de un régimen de explotación mediante *régimen del medierismo* al de propietarios; muchos medieros se hacen con tierras –en ocasiones comprándolas a los antiguos propietarios o “amos”–, y otros optan por el abandono de la actividad. El último hito específico es el de la inflexión que se produce en las políticas de Organización Común del Mercado del tabaco (OCM), por parte de los organismos europeos, que pasan de un régimen de compensación por pérdida de renta agraria (a tenor de la desincentivación del consumo de tabaco y la libre competencia), a un régimen de casi libre mercado, en el cual los agricultores luchan hoy mediante OPAS y APAS en busca de la pervivencia de su actividad.

Finalmente, y refiriéndonos en general a los cambios producidos en el campo que son comunes a ambos productos (tabaco y pimiento), hay que señalar de manera notoria los sucesivos cambios tecnológicos que afectan tanto a la mecanización de procesos y herramientas como a la automatización de los regadíos. Desaparecieron los arados tirados por semovientes y proliferaron los tractores y máquinas para el cultivo las labores y la cosecha. Desapareció casi en su totalidad el *riego tradicional por “canillas”* y surcos y apareció el riego por aspersores y pivots, muchas veces controlados ya telemáticamente. Ello ha generado, por ejemplo, que la presencia de la familia en el campo ya no sea constante, haciendo innecesaria la *residencia dual* más arriba apuntada. La mujer, antes omnipresente en el tejido productivo agrario, ahora sólo aparece en momentos puntuales, y es el hombre el que, como si de una moderna fábrica se tratara, se desplaza con su vehículo a motor para “echar la jornada” cuando es preciso. La fisonomía del campo jaraiceño se transforma con esa presencia de maquinaria y de nuevos tipos de secaderos por aire caliente, dependientes de la electricidad, el combustible líquido o la quema de biomasa, frente a los secaderos tradicionales de celosía de ladrillo, algunos de los cuales están ya en franca ruina, por desuso.

¿Un modelo dual?

Llama la atención, a la hora de analizar el modelo de construcción social de la realidad que los jaraiceños han generado en torno a *la cultura del agua* y de los cultivos del tabaco y el pimiento, la cantidad de ocasiones en que nos encontramos

con dualidades o binariedades más o menos patentes, de las que vamos a comentar alguna.

La primera y más evidente es la de la conformación de la propia sociedad jaraiceña, de la que podemos afirmar estuvo históricamente conformada en dos “*mitades*”, la campesina o agraria y la no agraria (ésta, menos homogénea: propietarios, comerciantes, funcionarios, profesionales...). Esto se reflejaba en la arquitectura, en los espacios públicos (tabernas o tascas frente a bares, cafeterías o casino), e incluso en los actos religiosos: se era de la “*iglesia de arriba*” (Sta. María de Gracia), o a la “*iglesia de abajo*” (S. Miguel), en función de pertenecer a un estrato más humilde o más acomodado, respectivamente. Obviamente, la entropía social ha hecho que estas diferencias hoy ya no se marquen, tendiéndose a una homogeneización producto de una menor radicalidad a la hora de concebir una estratificación social ya no tanto soportada en lo ideológico y más en lo económico.

La segunda, de corte puramente agrario, es la convivencia en un mismo entorno agrario de dos productos principales, y no sólo uno. Así como en otros pueblos se habla de agricultores del tomate, de agricultores de la cereza o de arroceros, en Jaraíz hay que hablar de pimentoneros y tabaqueros al unísono. La mayoría de los agricultores cultivan los dos productos; no se es exclusivamente tabaquero o exclusivamente pimentonero, si bien se trata de una simbiosis extraña. Y decimos simbiosis extraña, y no maridaje, porque se trata de una pareja disorde, sólo coincidente en el ciclo agrícola, pero no en lo que sociológicamente e incluso desde el punto de vista del desarrollo comercial supone: se trata de dos producciones con base económica distinta. La una (el pimiento), autónoma y completa, en el sentido de que el agricultor podrá -y de hecho así lo hará-, ser dueño de todo el proceso, hasta poner el producto en la estantería, llegando así a tocar hasta el sector terciario (el comercio). Por su parte el tabaco es una producción dirigida, estatalizada, que funciona por concesión o autorización del Estado. Pero lo peor de todo no es ello, sino que en este caso estamos hablando de una actividad puramente primaria, sin posibilidad de expansión y de crecimiento; el agricultor se limitará a llevar el producto vegetal al Centro de Fermentación de Tabacos y ahí acabará su tarea y su aprovechamiento; todo el proceso industrial posterior queda fuera de su alcance. La industria de fabricación de cigarros y cigarrillos le será totalmente ajena al productor jaraiceño. Como nos dice un informante: “*Mira; está claro que el pimiento nos da un sentimiento como de más nuestro. El tabaco no se identifica con nosotros porque lo hacen en más sitios, y en los paquetes no aparece nunca el nombre de nuestro pueblo. Sin embargo, con el pimentón, tú vas al Carrefour y ves la lata, que es de Jaraíz*”. Una última diferencia entre el cultivo de ambos productos, de corte económico: muchos informantes reconocen que es económicamente más rentable cultivar tabaco, pero no dejan de poner de pimiento aunque sólo sea una parcela mínima de la explotación, “*...porque lo hemos hecho de toda la vida; yo me siento más pimentonero que tabaquero, aunque el tabaco me da más perras*”. Podríamos decir que aquí se dan la mano al mismo tiempo el

sustantivismo y el formalismo, como dos caras de una misma moneda al definir la concepción económica de estas actividades campesinas.

Una tercera binariedad es la de los dos *subespacios geográficos* que definen la actividad agraria jaraiceña: de un lado estarían los “*cotos*”, las fincas o huertos periurbanos que en régimen de minifundio fueron durante mucho tiempo el substrato económico de Jaraíz, en donde se cultivaban gran variedad de productos que constituían una “*despensa*” suficiente para el pueblo y generaba excedentes para la venta a terceros. Junto a ellos, podemos considerar también los olivares e higuerales, algunos salpicados de algo de viña. Del otro lado, las tierras de labor en las “*vegas*” del Tiétar, alejadas del casco urbano, con propiedades de corte latifundista y dedicadas a sólo dos cultivos. La actividad en el primer ámbito es de ida y vuelta, incluso a pie. La actividad en el segundo ámbito es de asentamiento temporal.



Secaderos-vivienda en explotación de vegas del Tiétar

La cuarta y última dualidad que comentaremos es producto de la anterior. Se trata de que durante el ciclo agrario completo del tabaco y del pimiento, el agricultor se veía obligado a residir en las propias explotaciones agrarias de las “*vegas*”, alejadas del casco urbano en torno a 9 kilómetros, hoy una distancia irrisoria pero que hace 30 ó 40 años, por la dificultad de las comunicaciones y por no disponer los agricultores de medios para desplazarse con asiduidad y rapidez no se entendía así. Así es que, llegado el tiempo de inicio de las faenas agrícolas, las familias agricultoras montaban sus enseres en un camión o un tractor alquilados y se marchaban a vivir en los secaderos-vivienda durante todo el ciclo, para luego volver en octubre-noviembre finalizadas las tareas. En palabras de un informante: “*En cuanto llegaba la postura, cargaban en el carro o en el camión o el tractor las cosas de casa (muebles, camas, sillas, ropa...) y las herramientas, y se “aviaos” pa una buena temporada, hasta bien entrada la otoñada. Y aquí nos quedábamos los*

demás, muchos con menos recursos, pero como más orgullosos de no tenernos que ir con los gatuperios para otro lao para podernos ganar la vida...así era la cosa". Esta *bilocación residencial* generaba claramente dos grupos sociales: los que se marchaban –motejados de “aviones”, porque se iban con los “avíos” o “aviaos”- y los que se quedaban, a los que los agricultores solían llamar “*conejos caseros*”. Hoy ya este ir y venir prácticamente ha desaparecido, pues como se ha comentado la tecnificación agraria hace que ya no sea precisa una presencia tan constante en el campo.

Conclusiones

En el proceso diacrónico estudiado, así como a través de la observación y las entrevistas a informantes, constatamos cómo esta sociedad se adapta a los cambios tecnológicos, ideacionales y económicos, intentando elegir el camino que mejor cuadra a sus intereses. Cambiaron los molinos de agua por los molinos eléctricos, la casi artesanía por la industria molinera. Cambiaron el mulo y el arado por el tractor y las cosechadoras o los modernos sistemas de riego. Cambiaron, cuando la industria lo pidió, las formas de cuelgue y secado del tabaco en los secaderos de aire por los modernos secaderos de aire caliente forzado para producir mejores variedades demandadas por el mercado. Pero quizás el más significativo de ellos, aparte del ya referido en cuanto a la bilocación residencial, es el que supuso la desaparición del *sistema de explotación por medieros* y la adopción de la empresa agrícola autónoma o en sociedad. Y junto a esto, la desaparición de un concepto de agricultor al servicio del Estado (dueño del monopolio del tabaco), por el de competidores en el mercado más o menos libre que se ha ido configurando a partir de la entrada de España en las instituciones europeas y la adopción de sucesivas OCM (Organizaciones Comunes de Mercado) que han afectado de manera radical al mundo de la agricultura del tabaco.

Se constata que los jaraiceños –insisto, la parte de la sociedad de Jaraíz en que hemos centrado esta parte de la investigación-, se adaptan mejor a los procesos tecnológicos, materiales, que a los ideacionales; o, dicho de otro modo, la adaptación es más rápida. Así, parecen fluir con naturalidad los procesos adaptativos referidos a técnicas, nuevas maneras de hacer, nuevos tipos de riego, uso de maquinas o herramientas distintas, etc. Mientras los que suponen una nueva conformación mental, lo referido al campo ideacional está siendo más lento y menos uniformemente aceptado. Así, el paso de *medieros* (con un “amo”), a *propietarios*, de “*funcionarios*” al servicio del monopolio estatal a autónomos, *pequeños empresarios* o miembros de una sociedad (OPAS y APAS), el paso a tener otros “amos” lejanos: Europa (un abstracto intangible con el que no pueden negociar cara a cara); el hecho de tener que trabajar más, incorporar a las faenas propiamente agrícolas la gestión y la negociación, entrar en nuevas incertidumbres como la del precio y el futuro, frente a la antiguas de los precios fijados y la producción comprada de antemano a años vista. Pero por encima de todo, la de la gran incertidumbre acerca del futuro del sector, una espada de Damocles sobre la que

carecen del control y de las seguridades que hasta ahora han marcado su pauta de vida.

Referencias bibliográficas

- Alvarado, E., Gurría, J. L. y Rodríguez, M. (1980): “Los usos del espacio agrario en Extremadura, 1987”, en rev. *Norba*, 131-155. Universidad de Extremadura. Cáceres.
- Baigorri, A. (1998): “Regadío, territorio y desarrollo socioeconómico de Extremadura”, en *Situación. Serie Estudios Regionales. Extremadura*, 141-166. Banco de Bilbao Vizcaya. Madrid.
- Lisón Tolosana, C. (2000): “Informantes: in-formantes”, en *Revista de Antropología Social*. Año/Vol. 9: 17-26. Universidad Complutense. Madrid.
- López Linaje, J. y Hernández Andreu, J. (1990): *Una historia del tabaco en España*; Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación. Madrid.
- Manzano Romero, D. y Pedraja Chaparro, F. (1998): “Evolución de la economía extremeña desde la incorporación de España a la comunidad europea”, en *Serie Estudios Regionales. Extremadura*, 13-32. Banco Bilbao Vizcaya. Madrid.
- Marcos Arévalo, J. (2003): *Desarraigo-Arraigo-Desarraigo (La construcción de la identidad social en una comunidad de arroceros de las Vegas del Guadiana)*. Diputación Provincial de Badajoz. Badajoz.
- Marcos Arévalo, J. (2000): *Etnología de Extremadura (Investigación y docencia)*. Junta de Extremadura. Consejería de Educación, Ciencia y Tecnología. Badajoz.
- Marcos Arévalo, J. (1998): *La identidad extremeña. Reflexiones desde la Antropología Social*. Universidad de Extremadura y Diputación Provincial de Badajoz. Impr. Tecnigraf. Badajoz.
- Marcos Arévalo, J. (1995): *La construcción de la Antropología Social Extremeña. (Cronistas, Interrogatorios, Viajeros, Regionalistas y Etnógrafos)*. Editora Regional y Universidad de Extremadura. Madrid.
- Martínez Veiga, U. (1989): *Antropología económica. Conceptos, teorías, debates*. Icaria Editorial. Barcelona.
- Martínez Veiga, U. (1985): *La ecología cultural de una población de agricultores*. Mitre. Barcelona.
- Moreno Navarro, I. (1978): *Cultura y modos de producción. Una visión de la Antropología desde el materialismo histórico*. Ed. Nuestra Cultura. Bilbao.
- Pérez Rubio, J. A. (1997): “Formas de aproximación a la estructura social de Extremadura: burocratización, terciarización y clases medias”, en *Desarrollo Regional de Extremadura*. Cámara Oficial de Comercio e Industria de Cáceres. Cáceres.
- Sánchez López, M. (1991): *Jaraíz de la Vera: Villa de realengo*. Cuadernos Populares, nº 5. Editora Regional de Extremadura. Mérida.
- Steward, J. H. (1990): *Theory of Culture Change. The Methodology of multilinear evolution*. Urban University of Illinois Press. [1955].

Schwarz, H. F. (1976): “Modelos dualísticos en la cultura de una comunidad tradicional española”, en Lisón Tolosana, C. (ed.): *Expresiones actuales de la cultura del pueblo*. 115-139. C.E.V.C. Madrid.

Velasco Maíllo, H. y Díaz de Rada, A. (1997): *La lógica de la investigación etnográfica. Un modelo de trabajo para etnógrafos de la escuela*. Trotta/UNED. Madrid.

Biografía del autor

Ángel Cepeda Hernández es licenciado en Antropología Social y Cultural por la Universidad de Extremadura (España). Maestro con especialización en Filología Española e Inglesa por la UNED, actualmente imparte la docencia en el IES “Universidad Laboral” de Cáceres. Ha obtenido el DEA en la Universidad de Extremadura con un trabajo de investigación sobre la agricultura en el municipio cacereño de Jaraíz de la Vera (Cáceres). Actualmente realiza la tesis doctoral ampliando trabajo de campo e investigación sobre dicha área del cultivo del tabaco y el pimiento en La Vera y la conformación de la identidad de los jaraiceños en torno a los modos de vida que dicha cultura agrícola ha generado. Autor de diversos textos publicados en revistas especializadas y libros colectivos.

Recibido: 10 de Septiembre de 2013
Aceptado: 29 de Noviembre del 2013